

Ilmo. Sr. Alcalde de la Ciudad de León (con la venia)

Sr. Abad (Dicho sea, a la antigua usanza), Junta de Seises y Hermanos de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno,

Pueblo de León:

A esta hora, que roza la medianoche en la faz de la tierra leonesa, una negritud severa y levítica lo impregna todo. Cumplida la última cena de los trece, repartido el pan, el vino y las bendiciones, se aleja Jueves Santo y se abre, en líquida cascada sacrosanta, el Viernes de la Cruz.

Atrás, diluidos entre la niebla mate de los miedos, habrá quedado el tenebroso Huerto de los Olivos y las abominables monedas de plata. Y casi a la vez, los lacerantes cantos del gallo, demandantes y agudos, que, instantes antes, ahogaran de remordimiento - entre candiles maliciosos y antorchas perversas- el corazón de un Pedro -el rudo y advertido pescador- intimidado frente a la chusma acusadora. Se extingue la noche de Jueves Santo, se derrama, y sus sombras se agazapan entre las calles y las plazas de un León devoto.

Por eso, la apenada luna, que llaman de Nisán, cambiará de color con rictus violáceos de congoja y desconsuelo. Y, entristecida, anunciará, silenciosa, que la cuenta final de la tragedia del Gólgota se ha iniciado. Al igual que lo hará desde esta plaza, sentimental y pública, la centenaria Ronda de la cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, a la que los papones del color sotana se encomiendan.

Y en ese momento, el tintinear amargo de la esquila, las notas aguzadas de un clarín dolorido y la pena descompuesta de un tambor triste evocarán con sus toques, fúnebres y secos, que la escarpada colina de las Tres Cruces será el límite del martirio y el inicio de la salud del alma.

Y, a continuación, la voz cantada, el canon mensajero, que más que anuncio es recuerdo para que la duermevela se disipe, proclamará, al concluir el último redoble, la imperecedera súplica que acelera la respiración y apresura los latidos: “Levantaos, hermanitos de Jesús, que ya es hora”.

La Ronda, para entonces, vestida de apretado luto -que es el tintado del dolor y la amargura- acompañará a la noche leonesa desde Oriente hasta Occidente y de Norte a Sur. Desde Santa Ana al Mercado. Desde San Martín a Santa Marina. Y desde San Marcelo hasta la Catedral y San Isidoro.

No habrá suelo, ni piedra ni barriada, vieja o nueva, que la Ronda no repise. Ni muro que lo impida. Ni rejas que la encierre. Y en este año del Señor, Jubilar y de gracia de 2022 volverá a hacerlo en carne viva y los ojos empapados por el recuerdo. Levantaos, hermanos, levantaos, que han prendido a Jesús. Levantaos hermanitos, que es la hora.

La misma Ronda que elevará sus toques allende el firmamento y más allá de planetas y luceros, en honor y remembranza de los hermanitos fallecidos, que, desde aquel lejano 4 de febrero de 1611 a nuestros días, son legión.

Bien lo saben Ventura de Valdés, el abad constitutivo que honró a la cofradía en sus inicios, y desde hace unas fechas -siguiendo la estela abacial y eterna de Miguel de la Puente Madarro, que se elevó hacia el cielo el pasado agosto- el también entrañable y solícito Arturo Labanda del Río, el último abad en fundirse -concluido su viaje sideral por el espacio- en un abrazo imperecedero con Jesús de Nazaret.

Y como lo hicieran en un tiempo fenecido –y es un acto de caridad recordarlo- Agustín Nogal, la voz irrepetible e inconfundible de la cita rondadora. Horacio López Mateos, la maestría hecha clarín de apremiante sonido, rompiendo los vientos pasionales de León. Y, ¡cómo no!, Laurentino Urdiales, quien, en cada redoble, convertía a su tambor, destemplado y humilde, en un rosario de oraciones. Los tres, ayer puntales bienaventurados de la Ronda y hoy, como tantos otros, a la vera del Nazareno, padre y guía de sus piadosas inquietudes.

Ellos, y todos y cada uno de los hermanitos fallecidos, en comunión fraterna y en la gloria, recibirán en esta noche santa su toque de Ronda para, desde la invisibilidad corpórea y etérea, acudir como siempre a la procesión de Los Pasos. Lo ordena la centenaria regla de la cofradía, escrita con amor y desde el alma, y lo dispone así el señor abad.

De modo, que en esta anochecida tan abrileña como arrebatadora, La Ronda será, una vez más, el esperado santo y seña de los papones negros y su corona de ocho huecos –morada, devota y hecha emblema- fundida con el pecho y cosida con firmeza junto al corazón. A partir de aquí la ciudad de León se sumergirá en la Pasión del Hijo del Hombre, apoyándose en la fe y el fervor inmemorial que, cada primavera, le son propios a esta antigua y universal Corte de Reyes.

Y dígase a los cuatro vientos, que León, que es ciudad de Semana Santa a partir de este instante, acoge las escenas más apasionadas de la mañana de Viernes Santo y su espiritualidad cofrade. Y dígase, asimismo, que la Ronda, en rezo permanente, habrá ido apagando las estrellas con sus inimitables ecos penitenciales, mientras que la adormecida luna, derrotada entre lejanos neones y cometas breves, entornará definitivamente su balconada inmensa.

Papones de Jesús, pueblo de León, ya se escuchan muy cercanos los toques de la Ronda. Ya se sienten en la piel y en los sentidos por su incensado aroma nazareno. Adelante, hermanos, adelante.

Presta la túnica y la camisa blanca, con paso firme y el sentimiento inflamado...  
¡Hermanitos de Jesús, a Santa Nonia directos!

Palacio de la Poridad. León, 14 de abril de 2022.

Noche de Jueves Santo.

Hno. Julio Cayón-Waldaliso Diéguez.



*Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno*

FUNDADA EN 1611

C/ Santa Nonia nº 24 24003 LEÓN

www.jhsleon.com • jesusnazareno@jhsleon.com • Tfno: 987 263 744